

ladores, tampoco lo puede sin zapateros. Y además—y aquí estriba toda la dignidad del oficio—que para ser legislador tal vez no ha bastado otra cosa que una maniobra de baja politiquería; pero para ser zapatero han sido precisos varios años de persistente aprendizaje, con la voluntad domeñada a la obra, en la más decorosa de las esclavitudes.

Ahora, resulta fácil establecer en nuestro medio que los hombres que mejor saben su oficio son, precisamente, los colocados en las zonas inferiores del plano jerárquico a que antes se aludió. Si es cosa de milagro encontrar por ahí el profesor que domina su materia, el jefe de repartición competente con los intereses cedidos a su custodia, el escritor que siente el peso de las responsabilidades intelectuales y morales que como escritor tiene, en cambio, no lo es tanto dar con el industrial o el agricultor o el obrero o el simple peón que verdaderamente saben su oficio y que por saberlo bien y consagrarse a él en cuerpo y alma se alzan sobre un nivel de excelcitud social infinitamente superior al de los primeros. Sin embargo, las gentes no